

DE LA PELÍCULA

Disney · PIXAR

LUCA



© 2021 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Disney/Pixar Luca Deluxe Junior Novelization*

Título en español: *Luca. La novela*

Textos: Steve Behling

Traducido por: Rogelio Alejandro Romero Álvarez

Primera edición en formato epub: junio de 2021

ISBN: 978-607-07-7667-0

Primera edición en México: junio de 2021

ISBN: 978-607-07-7643-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

DE LA PELÍCULA

Disney · PIXAR

LUCA



La novela

Adaptado por Steve Behling

Planeta
Junior



Capítulo uno

—¡Aaah!

El grito no provenía de un par de pescadores asustados, sino de las profundidades del océano. En específico, de la boca de un monstruo marino de doce años llamado Luca Paguro.

Luca flotaba frente a un granero submarino, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. No había nada adentro.

Se suponía que los salmonetes de su familia, también conocidos como chivos, debían estar en el interior. Pero en cambio, estaban nadando por todas partes y comiendo todo a su paso.

—¡Peces sueltos! —exclamó Luca—. ¡Peces sueltos!

Uno de los salmonetes berreó.

—¡Caterina! ¡Espera! —gritó Luca.

Pero Caterina ya se había ido. Luca la siguió y pasó nadando junto a otro granjero que alimentaba a unos cangrejos.

—Buenos días, señor Branzino —lo saludó Luca apresuradamente.

—¡Ah! —gritó el señor Branzino, sobresaltado por la interrupción—. Hola, Luca.

—Disculpe —añadió Luca, forcejeando con el salmonete—, ¿cómo está la señora Branzino?

El salmonete siguió nadando y Luca se marchó sin esperar la respuesta. Luego pasó al lado de la señora Gamberetto, otra granjera.

—Eh, disculpe, señora —preguntó Luca con amabilidad—, ¿ha visto a mi...?

—Sí —respondió ella con severidad. Luego se dio la vuelta y Luca pudo ver con claridad al salmonete mordisqueando la parte posterior de su cabeza.

Luca dejó escapar una risa nerviosa y se apresuró a tomar al pez.

Pero otro más se había escapado: Giuseppe. Luca vio cómo el pez nadaba colina arriba, en dirección a la superficie del océano.

—¡Giuseppe! ¡Regresa! —gritó Luca.

Se arrojó sobre el pez, pero este se retorció para liberarse. Sin embargo, Luca no se daría por ven-

cido con tanta facilidad. Siguió intentando y, por fin, logró sujetarlo.

—¿Quieres escapar como tu amigo Enrico? —le preguntó Luca—. Porque te tengo noticias. O está muerto, o está allá afuera, en alguna parte. Viendo el mundo...

Su voz se fue apagando, como si estuviese imaginando lo que se sentiría salir y ver el mundo. Luca salió de su ensoñación y agregó:

—¡Pero seguramente está muerto!

De vuelta con el resto del rebaño, Luca se puso a hacer un conteo rápido de todos los salmone-tes frente a él.

—¡Uf! —exclamó—. Bien, están todos.

Luego notó que uno de ellos esbozaba una ligera sonrisa.

—¿Monalisa? ¿Por qué sonríes? —preguntó.

Monalisa solo se quedó observando cómo un pez más pequeño salía nadando de su boca.

—¿Hay alguien más ahí dentro? —preguntó Luca.

Y entonces, unos cuantos peces más lograron escapar.

Luca estaba tan distraído por Monalisa que tardó un momento en darse cuenta de que Giuseppe había vuelto a separarse del rebaño.

—¡Giuseppe! —exclamó Luca con exasperación—. ¿Qué acabo de decirte?

Pero el salmonete siguió nadando.

—Muy bien —dijo Luca, armándose de entusiasmo—. ¡Vámonos!

Al fin, Luca logró mover al rebaño por el paisaje colmado de granjas y silos. Sus vecinos ya estaban en el campo, ocupándose de sus sembradíos.

—¡Hola, señor Gamberetto! —gritó con la esperanza de que la señora Gamberetto no le hubiese contado a su esposo que uno de sus peces había tratado de darle un mordisco a su cabeza.

—¡Buenos días! —respondió el señor Gamberetto con una sonrisa.

¡Uf!

—¡Buenos días, señora Aragosta! —dijo Luca mientras seguía avanzando.

—Hola, Luca —contestó ella.

—¡Buenos días, Luca! —exclamó la señora Merluzzo.

—¡Buen día! —añadió el señor Merluzzo.

Luca sonrió y los saludó con la mano.

—¡Buenos días!

El joven monstruo marino nadó hasta el corral de la granja de su familia y reunió al rebaño ahí,

para luego dirigirlo hacia el pastizal. Cuando llegaron a la entrada, detuvo a los salmonetes y echó un vistazo al interior.

—Bien, todo despejado —anunció, y los peces entraron—. Avísenme si necesitan algo... ¿Nadie? —Los salmonetes se le quedaron viendo con expresiones vacías—. ¿No? ¡De acuerdo!

Entonces Luca nadó hasta una roca y se sentó. Sopló una burbuja y la observó alejarse. Luego dirigió su atención a uno de los peces, que estaba picando algo.

—Giuseppe —dijo Luca, y nadó para ver qué había llamado la atención del pez. Él no sabía que se trataba del reloj despertador que había caído del bote de los pescadores. Para el joven monstruo solo lucía como un misterioso objeto redondo. El reloj empezó a sonar, y Luca entró en pánico hasta que el despertador se detuvo.

—¡Guau! —exclamó. Luego, su mirada se dirigió a la superficie. Los brillantes rayos del sol atravesaban el agua e iluminaban la granja.

Redirigió su mirada al fondo del mar y empezó a buscar. Había un rectángulo con marcas extrañas flotando en la distancia. ¡Era uno de los naipes de los pescadores! Sorprendido y algo cautivado, Luca lo tomó.

Nadó un poco por el lugar, hasta que divisó una brillante llave inglesa a lo lejos. Pero antes de que pudiera nadar hacia ella, se escuchó un retumbo, y una sombra pasó por la superficie del agua.

Horrorizado, Luca dio un grito ahogado.

—¡Monstruos terrestres! —gritó—. ¡Todos ocúltense bajo la roca!

Luca se apresuró a reunir a los salmonetes que tenía a su cargo y los dirigió a una pequeña cueva. Se quedaron ahí escondidos, esperando a que los monstruos de tierra se marcharan. Luca observaba en silencio mientras la sombra se alejaba. Por un instante se preguntó cómo sería asomar la cabeza por la superficie para ver lo que ocurría en realidad en el mundo de los monstruos terrestres.

—¡Luca!

El joven monstruo marino volteó hacia el punto de donde provenía la voz de su madre.

—¡El almuerzo está listo!

—¡Ya voy! —respondió Luca, y ocultó los objetos extraños cerca de una roca. Luego, tomó su cayado y arreó al rebaño a casa.

—Vámonos —les indicó—. Tenemos que regresar.



—¡Llegas dos minutos tarde! —lo reprendió Daniela, la madre de Luca, que estaba esperándolo en la entrada—. ¿Viste algún bote? ¿Te oculateste?

—Sí, mamá —respondió Luca. Se escuchaba como si tuviera mucha práctica diciéndolo.

—Porque si llegan a verte... ¿Qué crees que pasará? ¿Crees que se acercarán para hacer amistad contigo? ¿Eh? ¿A conversar? No. Están aquí para matarnos. Solo quiero asegurarme de que lo sepas —dijo Daniela sin tomar ni un segundo para respirar.

—Gracias... mamá.

Daniela siguió regañándolo mientras nadaban hacia el interior de la casa.

—Cuando era niña, solían pasar semanas enteras sin que viéramos algún bote —dijo su madre—. ¡Y déjame decirte que no tenían motores! ¡Solo un sudoroso monstruo terrestre con un remo!

Luca vio a su abuela sentada frente a la mesa de la cocina. Daniela se dispuso a alistar el almuerzo.

—Hola, abuela —saludó Luca.

—Hola, Burbujita —respondió su abuela.

Mientras tanto, Lorenzo, el papá de Luca, estaba ocupado con sus preciados cangrejos de exhibición. En ese momento limpiaba a un espécimen con manchas.

—¡Luca! —exclamó cuando lo vio—. Mira a Princhy-Pessa. Está mudando de piel. ¡Oh, es magnífica! Esta sí que es un verdadero cangrejo de exhibición.

Luca volteó a ver al cangrejo e hizo un esfuerzo por mostrar interés.

—Oh, genial. —Luego miró los pedúnculos oculares de la criatura y, de inmediato, ¡esta abrió las tenazas y asumió una posición de ataque!

—¡Oye, oye, oye! —le advirtió Lorenzo—. ¡No la veas a los ojos!

—Lo siento —dijo Luca.

—¡Pero tampoco hagas eso! ¡No te disculpes! —añadió Lorenzo—. Detecta la debilidad.

El cangrejo pellizcó a Luca.

—¡Auch! —exclamó, mientras su mamá retiraba al cangrejo de su oreja y guiaba a Luca a la mesa.

—Ven a comer, Luca —dijo ella—. Más vale que derrotemos a los Branzino en la exhibición

de cangrejos de este año. Todos creen que Bianca Branzino es tan genial, con sus cangrejos de campeonato y su imitación perfecta de un delfín. ¡Por favor! ¡Cualquiera puede hacer eso!

La mamá de Luca prosiguió a hacer una imitación casi perfecta de la imitación de delfín que hacía Bianca Branzino:

—¡AAAAHEHEHEHEHEHE! Idéntico, ¿no?

—Sabes, no entiendo por qué los delfines sueñan así, ¿y tú? ¿Por qué no hablan y ya? —preguntó Lorenzo.

Mientras Daniela y Lorenzo ponderaban sobre los Branzino y los delfines, la abuela notó que Luca estaba particularmente callado.

—Luca —dijo la abuela—, ¿en qué piensas?

—Me preguntaba... —tartamudeó Luca—. Bueno, me preguntaba ¿de dónde vienen los barcos?

Su papá, quien acababa de dar un bocado, escupió la comida hasta el otro lado de la mesa, y su mamá dio un grito ahogado.

—Del pueblo de los monstruos terrestres —le explicó su abuela—. Arriba de la superficie. Una vez le gané una partida de cartas a un tipo ahí.

Esta vez fue Luca quien dio un grito ahogado.

Tanto Daniela como Lorenzo le indicaban con gestos a la abuela que se detuviera, pero ella no los veía, o los veía, pero no le importaba.

—¡Mamá! ¿Qué crees que haces? —preguntó Daniela.

—Ya tiene edad para saberlo —respondió la abuela, encogiéndose de hombros.

—¿Has estado en la superficie? —preguntó Luca asombrado—. ¿Y has hecho el cambio?

—¡No, no, no! ¡Ya fue suficiente! ¡Basta de esto! —exclamó Daniela.

—Solo tenía curiosidad.

—¿Sí? ¿Pues sabes que les pasa a los peces curiosos? ¡Los atrapan! —gritó Daniela—. ¡En esta casa, no hablamos, pensamos, discutimos ni contemplamos nada que tenga que ver con ir a la superficie! ¿Entendido?

Luca ansiaba escuchar más de las historias de la abuela en el pueblo de los monstruos terrestres, pero sabía que sería imposible convencer a su mamá.

—Sí, mamá.

—Toma —continuó su mamá, entregándole un bocadillo—. Ahora volvamos al trabajo.

Presintiendo la decepción de su hijo, Daniela añadió:

—Oye, veme a los ojos. Sabes que te amo, ¿verdad?

—Lo sé, mamá —repuso Luca, y salió de la casa sin dejar de pensar en el mundo de la superficie.